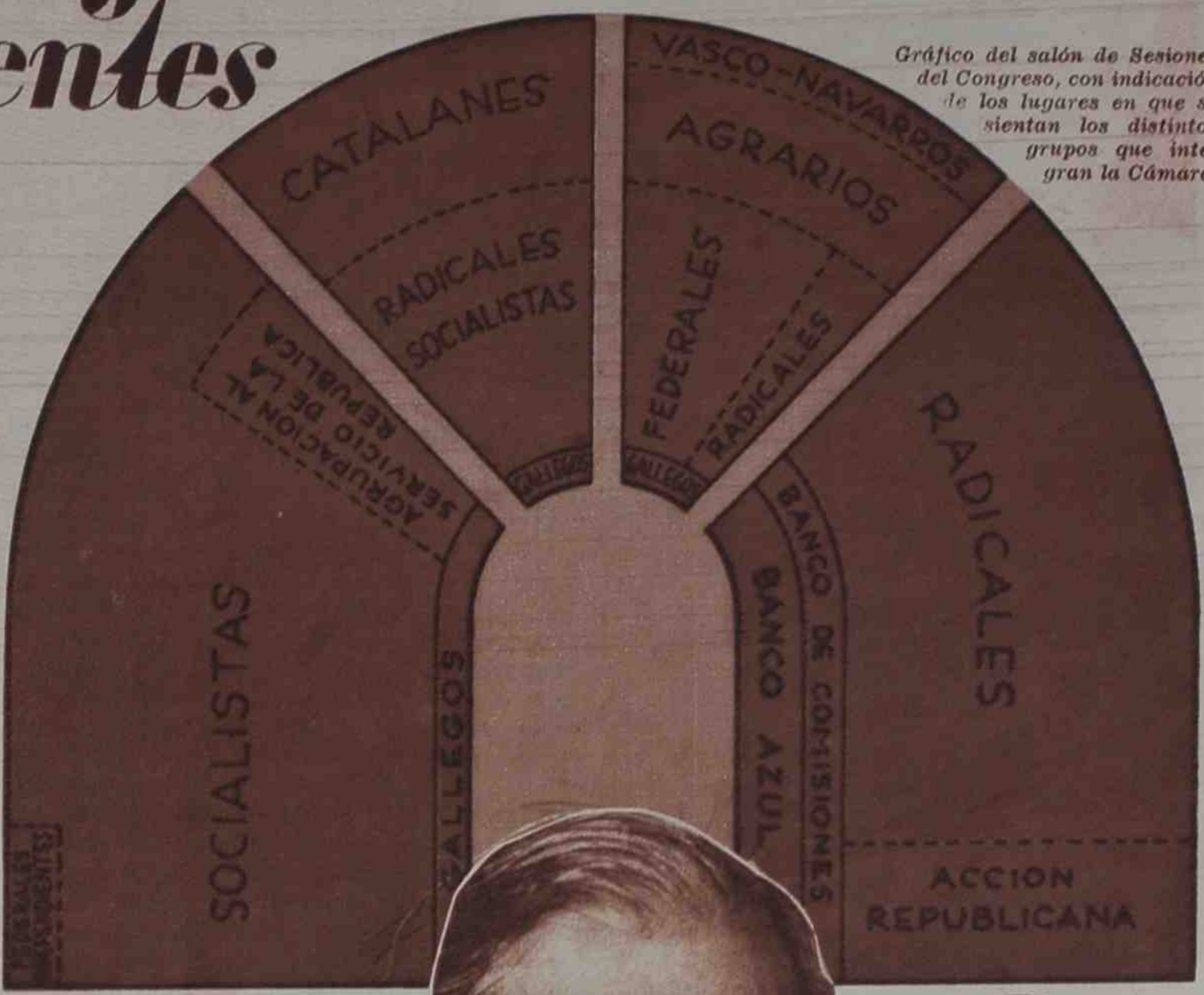


# Cómo es una jornada en las Cortes Constituyentes

Gráfico del salón de Sesiones del Congreso, con indicación de los lugares en que se sientan los distintos grupos que integran la Cámara.



AS tres y media de la tarde. El edificio del Congreso está silencioso a esta hora. Nadie en el pasillo exterior, vecino al salón de Sesiones, que será, unas horas más tarde, hervidero de discusiones.

En el amplio salón de Conferencias, lleno, por techos y paredes, de medallones, con los retratos de ilustres parlamentarios y de alegorías pictóricas, sesteá algún diputado de pelo canoso, adormecido sobre un butacón por esta silenciosa frescura que se respira.

En los saloncitos-escritorios se escucha el rasguear de dos o tres plumas, que recorren un papel que dice en el timbre: "El Diputado a Cortes por..."

En un corrillo, cuyos componentes se sientan alrededor de una de las mesas de rincón, se habla en voz baja.

Lo más animado a esta hora es el bar. Para diputados y periodistas que tienen que asistir a la sesión, es preferible armar la consabida tertulia alrededor de una taza de café, aquí, donde el timbre anuncia el comienzo de la tarea, y se tiene a dos pasos el lugar donde ésta se desenvuelve.

Gran cantidad de ujieres. Ujieres que vigilan las puertas de la calle, atisbando a los que entran o deteniendo a los que quieren entrar sin razón (la razón en este caso es la tarjeta, bien de diputado o bien de curioso, expedida por la Presidencia de la Cámara).

Ujieres en el guardarropa, casi inútil en estos días, cuando la mayoría de los señores diputados son sinsombreristas y aún no llevan abrigo. Ujieres tras los mostradores, donde se alinean los vasos de agua—y se guardan los azucarillos—que han de calmar la sed, tanto de los oradores del hemicíclo como de los transeúntes que divagan por los pasillos. Ujieres de grave continente, que marchan reposadamente con unas cartas en la mano...

\*\*\*

A medida que la hora avanza, todas estas figuras van perdiendo su aire soñoliento, van apa-



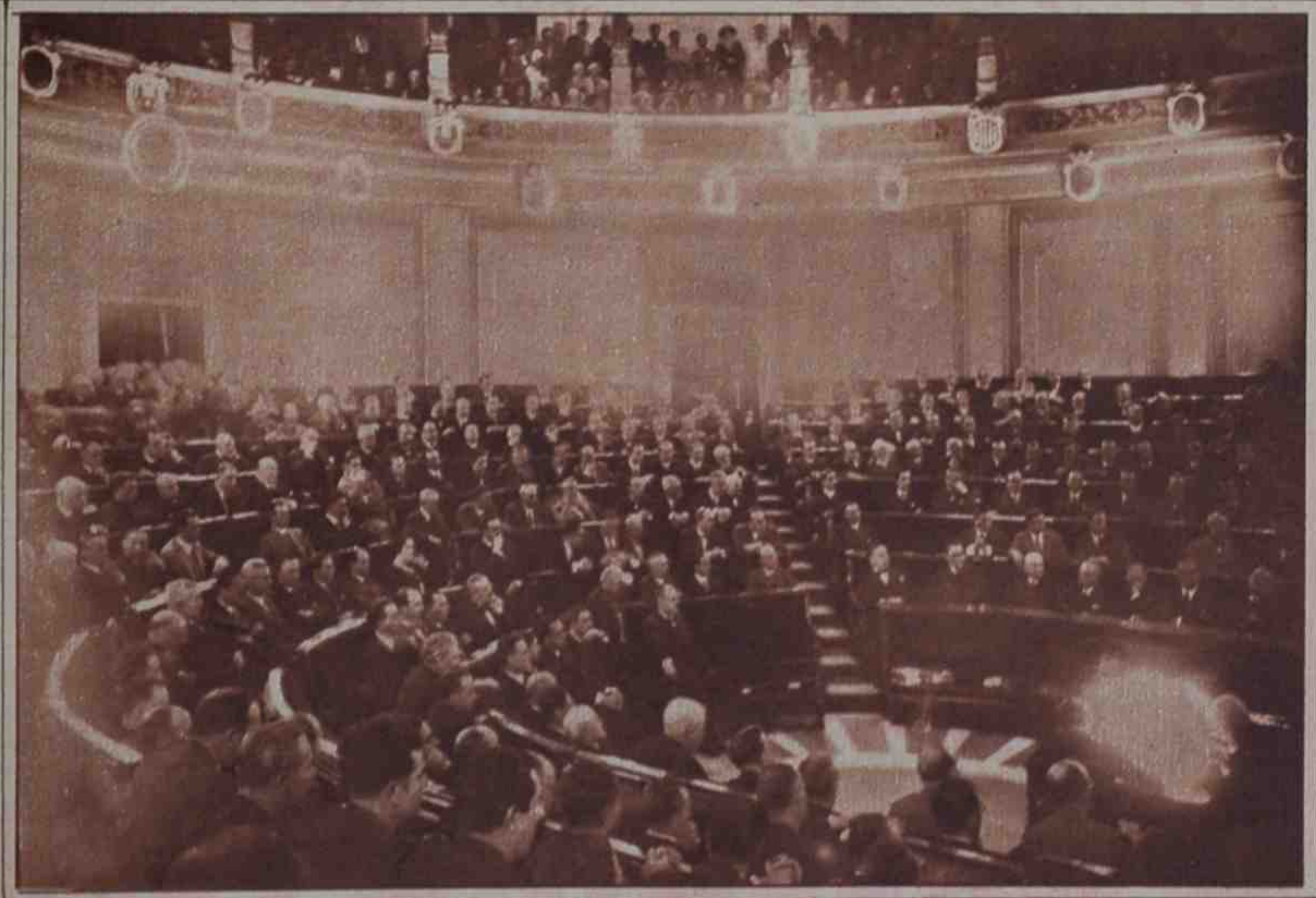
Don Francisco Barnés, vicepresidente.



Don Julián Besteiro, presidente de la Cámara.



Don Manuel Marraco, vicepresidente.



Aspecto de la Cámara, con las tribunas y los escaños repletos, en una de las sesiones de gran expectación, determinada por los debates constitucionales.

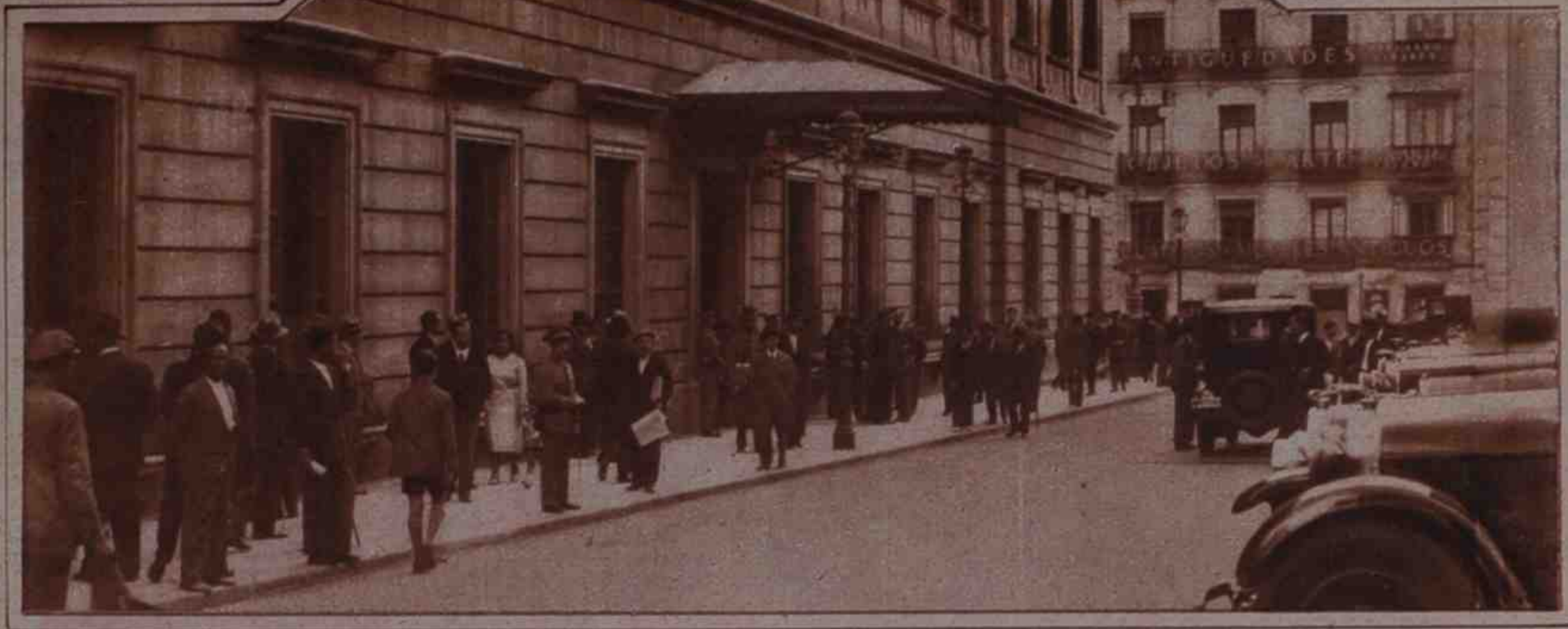
reciendo nuevas figuras. Los corrillos de diputados que charlan en los salones-escritorios van subiendo la voz. Aumenta el número de los que escriben cartas, y se diría también que cada vez las escriben más de prisa. Todas las mesas del bar se llenan y la gente entra y sale constantemente. Los ujieres que llevan cartas en la mano apresuran cada vez más el paso.

El pasillo exterior se llena rápidamente. Primero le cruza una sola persona, que da unas vueltas por todas partes y vuelve a él, al fin. Luego llegan dos o tres más, que se unen y se ponen a pasear. Más tarde, otros forman un grupo, que habla animadamente...

Por la escalera que sube a las secciones, el trasiego es constante. Los diputados suben o bajan, yendo o viniendo, de la reunión de su minoría correspondiente, celebrada para tomar acuerdos sobre un punto que se ha de discutir en la sesión o sobre un proyecto de ley que va a presentarse. Estas reuniones hacen que, de pronto, el pasillo se llene, porque acaba de terminar una, o que, de pronto, se quede casi vacío, porque va a comenzar otra.

Mientras tanto, el salón de Sesiones está vacío. Es decir, vacío no. Dos o tres diputados, que huyen del mundanal ruido de corrillos y tertulias, vienen a primera hora a sentarse en su escaño y a meditar... o a dormir. Sólo a esta hora es cuando se disfrutan los beneficios de la instalación frigorífica que se ha hecho en el Congreso es-

Las sesiones de las Cortes Constituyentes despiertan enorme interés entre toda clase de personas, que acuden a los alrededores del Congreso a presenciar con gran curiosidad la entrada y la salida de los diputados.



acuden a los alrededores del Congreso a presenciar con gran curiosidad la entrada y la salida de los diputados.

tan los diputados que integran la Alianza Republicana: Acción Republicana, primero; radicales, después; por último, federales, que se desbordan hacia los primeros bancos del sector centro derecha. En los bancos de arriba, de este mismo sector, están los agrarios, y sobre ellos, los vasconavarros, de la extrema derecha. En el sector centro-izquierda, ocupan los primeros bancos los radicales socialistas, y los últimos, los catalanistas. En la izquierda están: primero, los de la Agrupación al Servicio de la República, y luego, los socialistas. En la extrema izquierda del último de estos escaños se sientan los federales independientes, que no tienen número de diputados suficiente para constituir minoría.

En las interpelaciones, a cargo de las extremas derechas: agrarios o vasconavarros, o de las extremas izquierdas—federales independientes o

pecial para estas Cortes Constituyentes, que han empezado sus tareas desafiando el calor. Más tarde, el calor de los cuerpos y el calor de la discusión caldean el ambiente hasta hacer imperceptible la refrigeración.

\*\*\*

Pero estos diputados, que son los primeros en entrar, mucho antes de que la sesión comience, tienen ya público para su siesta, el mismo público que tendrán para sus discursos los oradores que intervengan en el debate.

Porque las tribunas, de una a otra punta de la amplia semicircunferencia que trazan sobre la última fila de los escaños, están ya llenas. Las Constituyentes han despertado enorme expectación, y las tribunas no sólo se llenan hasta no haber ni una sola persona más, sino que quedan esperando turno por centenares para los días sucesivos. Para la tribuna pública, la "cola" se empieza a formar por la mañana, y ha habido días de formarse la noche antes.

Y todavía, gran cantidad de gente que no puede conseguir un pase de tribuna, ni tiene tiempo o paciencia para esperar en la "cola" de la pública, se contenta con estacionarse frente a la puerta de entrada a presenciar el paso de ministros y diputados.

Las cuatro y cuarto, las cuatro y veinte, las cuatro y media... Alguna de estas horas es buena para ver aparecer en el pasillo el rostro, siempre sonriente, del señor Besteiro. Esta primera sonrisa de la primera autoridad del Parlamento conmueve el edificio entero.

El señor Besteiro ocupa el sillón en el centro de la mesa presidencial. A su lado, los secretarios. Detrás, una fila de ujieres.

El señor Besteiro hace sonar la campanilla, para indicar que la sesión comienza.

Un secretario sube a la tribuna y lee el acta de la sesión anterior, entre el ruido de los timbres y el rumor de los diputados que van ocupando sus escaños.

En la tribuna de la Prensa, los periodistas aprestan sus lápices y sus cuartillas y comienzan a escribir:

"Comienza la sesión, a las cuatro y media, bajo la presidencia del señor Besteiro. Un secretario lee el acta de la sesión anterior, que es aprobada. (Aunque todavía no lo ha sido, se sabe que se ha de aprobar.) En el banco azul..."

Y todas las miradas de los reporteros se fijan en el banco azul, donde van sentándose algunos ministros, para consignar los nombres de los primeros que han llegado.

De nuevo se oye la campanilla presidencial. El secretario ha terminado

su lectura. El repiqueteo de timbres se detiene. Algunos diputados rezagados ganan sus escaños. Se oye la voz del presidente, concediendo la palabra a alguien...

Son los ruegos y preguntas, el día que los hay. Surge en los escaños la silueta de un diputado que se pone en pie y comienza a hablar... No se oye apenas lo que dice. En esta primera parte de la sesión, los oradores, no se sabe bien por qué, hablan muy bajito, y, además, su voz es ahogada por las conversaciones de los escaños, que no atienden al orador. Unicamente los periodistas, con el busto inclinado fuera de la barandilla de la tribuna, tratan de cazar una frase o siquiera una palabra que les permita dar a los lectores una idea de lo que se trata. El ruego es, casi siempre, algo relacionado con un beneficio que el diputado pide para la circunscripción que le ha elegido. El ministro a quien se dirige se esfuerza en escucharle. Pero, a veces, toda la atención de unos y otros no basta. Los periodistas tienen que resignarse a poner en sus cuartillas: "Formula un ruego que no se oye." Y, a lo mejor, el ministro tiene que contestarle: "Como no he conseguido oír nada de lo que su señoría me dice, le prometo que mañana lo leeré en el "Diario de Sesiones" y le contestaré." Y, claro es, que los taquígrafos que redactan el "Diario de Sesiones", se ven en la precisión de acudir después al orador inaudible, para que les dicte su discurso.

Terminados los ruegos y preguntas, se pasa a las interpelaciones. Estas suscitan un mayor interés y los claros de los escaños se van cubriendo rápidamente. Cuando se trata de algo de interés palpitante, los bancos aparecen completamente llenos.

A la derecha, detrás del banco azul, se sien-

algunos diputados de la izquierda catalana simpatizantes con el sindicalismo—, la Cámara sacude la modorra en la que le sumen los ruegos y preguntas. Un orador ataca al Gobierno. Suenan interrupciones por todas partes. Se aplaude y se abuchea. Los ministros se encrespan sobre el banco azul, para responder a los ataques... Hay momentos de confusión, de voces, que hacen enrojecer al señor Besteiro y golpear la campanilla contra la mesa, hasta romperla...

Pero el gran interés está en los debates. La Comisión correspondiente, encargada de estudiar el asunto que se discute, se alinea en el banco de las Comisiones, inmediatamente detrás del banco azul. Contra él se dirigen discursos y desde él—y también desde fuera de él—se defienden sus puntos de vista.

Los debates son el motivo de los discursos ponderados, de los grandes prestigios de la Cámara: un día es don José Ortega y Gasset el que se levanta; otro día es don Amadeo Hurtado; otro, don Felipe Sánchez Román; otro, el propio jefe del Gobierno... La Cámara, entonces, guarda un silencio religioso. Las respiraciones mismas parecen haberse suspendido. Todos los ojos se fijan en el orador. Los ujieres cruzan el hemiciclo andando de puntillas. Los periodistas escriben rápida, afanosamente, procurando no perder ni una sola sílaba... Al final, se escucha siempre una gran ovación, que dura largo rato.

A las nueve y media, a las diez, a veces a las diez y media, la sesión termina. Todavía hay gente en la calle: filas de curiosos, que no quieren perder el espectáculo de la salida de ministros y diputados.

IGNACIO CARRAL

(Fotos Palomo, Contreras y Vilaseca, Díaz Casariego, Marín.)

Esta "cola", que es la de la tribuna pública, demuestra que el pueblo español no se apasiona sólo por los toros y la lotería, como se le ha achacado tantas veces.

